

Breve reflexión sobre la Nueva Historia, sus orígenes, y sus actores actuales en la Latinoamérica de hoy

Camilo TRIANA CÁCERES

“Creemos fundamentalmente que la historia es la vida, en toda su compleja diversidad, no nos sentimos por lo tanto, atados por ninguna prevención apriorística, ni de método, ni de especulación, ni de finalidad. Despreciamos el materialismo por unilateral, el positivismo por esquemático, el ideologismo por frívolo. Intentamos captar la realidad viva del pasado, y, en primer lugar, los intereses y las pasiones del hombre común”

Jaume Vicens i Vives, 1951

La dinámica de la vida social y política latinoamericana, especialmente la de los últimos veinte años, le plantea interesantes retos al historiador. El auge, por ejemplo, de distintos movimientos sociales tan heterogéneos como los movimientos indígenas en Bolivia, Ecuador y Colombia, los llamados piqueteros en Argentina, la Revolución Bolivariana en Venezuela, la espectacular aparición en México del EZLN y su posterior “silencio”, mas no desaparición, han hecho que algunas voces desde la academia, y especialmente desde los Estudios Culturales, pidan que esta realidad se estudie desde nuevas disciplinas. Por ello se ha retomado la idea del fin de la historia, en la cual ésta se encontraría diluida en medio de una cantidad de disciplinas indisciplinadas, las cuales son, a juicio de estas voces, las llamadas a abordar el contexto latinoamericano de estos últimos años.

La justificación que dan Catherine Walsh y otros teóricos como Edgardo Lander, Aníbal Quijano y Patricia Figueira a los planteamientos anteriores consiste en que la Historia en América Latina es un conocimiento que aún no ha superado su influencia colonial. Para estos autores, la historia del llamado Nuevo Mundo puede ser vista como algo

contaminado, pues se trata de una historia que ha sido contada desde un poder hegemónico, encarnado en las antiguas metrópolis europeas.

Por tanto, en el presente texto, intentaremos responder al desafío que supone proponer la dilución de las disciplinas, específicamente en lo que tiene que ver con la historia. Para ello nos acercaremos brevemente a cuatro textos. El primero cuestiona la tradición histórica de la América Latina: se trata del artículo "Trazos descoloniales en la producción subjetividades políticas en el ámbito educativo", de Patricia Figueira, antropóloga de la Universidad de Buenos Aires, publicado en la edición electrónica de la revista de la Universidad de Jaén en el año 2012. Aunque el texto se centra en temática de la educación, la tradición de los Estudios Culturales en la que se inscribe hace que gire en varias ocasiones hacia la historia y la política. En "Trazos descoloniales" el análisis de la Historia es parte fundamental del texto, ya que la construcción de las sociedades latinoamericanas tiene que ver en gran medida con la manera cómo la Historia se incluye en la edificación de los proyectos educativos nacionales. El texto de Patricia Figueira nos lleva a contemplar por un momento la idea de "la muerte de la historia", sentencia a la cual adhiere Keith Jenkins en su obra *Por qué la historia* (1999). Por otro lado, bien vale la pena acercarse a dos obras que plantean alternativas al ya mencionado fin de la historia, redefiniendo el rol de la historia y el trabajo del historiador hoy en día, a saber, "La Nueva Historia, una introducción", texto originalmente publicado en *Norba. Revista de Historia*, por el fallecido Ángel Rodríguez Sánchez y "De la nueva historia y del nuevo papel del historiador... algunas reflexiones sobre el arte de narrar", artículo escrito por Javier Meneses Linares, catedrático de la Universidad del Zulia en Venezuela.

El conflicto histórico en Latinoamérica de acuerdo con los Estudios Culturales

Para quienes trabajan los Estudios Culturales, la Historia de Latinoamérica presenta en su base un grave problema. Sus primeros relatos escritos fueron hechos por conquistadores y colonizadores, que llevaron consigo al Nuevo Mundo una manera de pensar y de actuar totalmente distinta a la de los habitantes originales de América. Esta manera de pensar no reconoció la diferencia que separaba a los habitantes originales de los europeos, y se preocupó desde el principio por cambiar los valores que constituían aquella diferencia. La violencia y el menosprecio fueron armas muchas veces usadas. Para los estudiosos de la interculturalidad el problema que planteó la Historia desde un principio no terminó en la conquista y en la sucesiva colonización. La manera de pensar y de actuar que utilizaron los conquistadores y posteriormente los agentes coloniales, trascendió al nacimiento de las repúblicas latinoamericanas que lograron su independencia de los poderes europeos en el siglo XIX. En muchos casos, se trata de un pensamiento hegemónico que existe hoy en los discursos del poder como las constituciones nacionales, los medios de comunicación, la escuela y la academia, que reproducen, según los interculturalistas, un menosprecio hacia los indígenas y las poblaciones afroamericanas.

En su trabajo: "Trazos descoloniales en la producción subjetividades políticas en el ámbito educativo", Patricia Figueira adhiere a los postulados de Catherine Walsh sobre la Historia y su utilización en la escuela, esta utilización es condenada por ambas académicas pues de acuerdo a ellas encarna varios peligros que no son nada inocentes, muchas veces se vendió la idea de que la Historia era un saber que buscaba la subjetividad, aparentemente esta idea prevalece en la articulación que de la Historia se hace en la educación. En teoría la actual Historia que se enseña en la academia y la escuela aceptaría múltiples relatos, se podría hablar de que la Historia y la educación buscan una igualdad en la diversidad. Sin embargo, para Walsh aún no se llega a nada parecido a lo anteriormente enunciado:

Esta condición histórico-cultural-colonial no solo margina, disciplina y a veces destruye el conocimiento indígena, sino que también genera la producción de nuevos conocimientos subalternos y nuevos modelos de análisis, conceptualización y pensamiento que conciben el 'problema indígena' como un problema fundamentalmente estructural vinculado con la hegemonía capitalista.¹

De acuerdo a Walsh y Figueira existe entonces un gran vacío en la Historia de América Latina, pues no existe una auténtica historia indígena. Los relatos de esta parte de la población han sido negados, o tal vez peor aún, cuando los historiadores deciden ocuparse de los indígenas, estas poblaciones son vistas como un problema. Algo parecido pasa también con las poblaciones afroamericanas, así como los sectores de la población que hoy en día impulsan otros movimientos sociales. Especialmente en el caso indígena y afroamericano, sus costumbres, modos de vida, su concepción de la historia –sin duda la concepción del tiempo para las poblaciones originarias de América y Asia difiere de la linealidad o periodicidad de las culturas occidentales– son vistas desde una perspectiva que filtra la realidad de estos pueblos de un modo muy selectivo. Existe entonces un pensamiento hegemónico que les fue impuesto desde la conquista, según el cual son seres inferiores que deben plegarse a la historia tradicional europea, a sus instituciones y su visión académica; en suma, se considera que ellos no son capaces de contar su propia historia.

Por ello el llamado de los Estudios Culturales, específicamente el sector que promueve la interculturalidad como manera y objeto de estudio para explorar la historia de América Latina es el siguiente:

¿Qué ocurre cuando estas "otredades" interpelan y cuestionan los términos en los que se las integra a esta "universalidad humana"?; ¿Qué sucede y nos sucede cuando se subjetivizan "nuestros objetos de estudio"?; ¿Qué pasa cuando las genealogías trazadas por la historia universal del pensamiento son desarticuladas y puestas a revisión?; ¿De qué manera perturba a la construcción hegemónica del relato nacional, la restitución de relatos históricos "otros" que fueron sistemáticamente silenciados?; ¿Qué sucede cuando la construcción del pensamiento no habilita, únicamente, la opción individual?; ¿Y qué decir

¹ Citado según Figueira, Patricia. "Trazos descoloniales en la producción de subjetividades políticas en el ámbito educativo". *Revista de Antropología Experimental* n° 12, 2012. Texto 25: 327.

cuando las lenguas comienzan a ser habladas sin posibilidad de traducción a las lenguas occidentales?; ¿Qué pasa cuando se pluralizan las maneras de “ser y estar en el mundo”?; ¿O cuando la oralidad y la memoria reclaman su validación, real y efectiva, en los espacios de expresión históricamente excluidos?²

Desde la perspectiva de los Estudios Culturales, especialmente en lo que tiene que ver con los relatos sobre las poblaciones que terminaron teniendo el rol de marginadas gracias al proceso de conquista y colonia, la respuesta está en declarar un fin de la historia –ya veremos que algunos de sus postulados se emparentan con los de Jenkins– o también en lograr una refundación de la historia. De acuerdo a lo anterior es necesario validar la voz, los relatos de los pueblos originales, logrando así una historia más verdadera. Al darle cabida a las poblaciones marginadas, muchos postulados históricos llamados tradicionales entrarían en crisis automáticamente y deberían ser revisados inmediatamente. Vale entonces la pena preguntarse si no existe ya dentro de la Historia la respuesta a las inquietudes de los especialistas en Estudios Culturales y si además algunas de esas propuestas no se dan precisamente desde la academia latinoamericana.

¿Qué es el fin de la historia y cómo hacerle frente a este fin?

Según explica Javier Meneses Linares en su artículo titulado “De la nueva historia y del nuevo papel del historiador... algunas reflexiones sobre el arte de narrar”,

En los últimos años, historiadores y antropólogos han empezado a tener mayor conciencia de la manera cómo sus etnografías e historias han sido moldeadas a través de los artificios retóricos y literarios; de igual manera entre los críticos literarios ha crecido el interés por emplear la teoría antropológica y los hechos históricos para reformular nuevas interpretaciones de los textos literarios.³

Para Meneses, la lectura que se da de las distintas fuentes humanísticas, enriquece tanto a la historia como a las otras disciplinas sociales. Sin duda esta tendencia da nuevas características a los distintos objetos y fuentes culturales como la prensa, fotografía, literatura y arte popular, y estos pasan entonces a constituirse en fuente histórica cuando anteriormente se les negó su carácter de fuentes históricas. El caso de la cultura oral o de los documentos personales es muy particular a juicio del autor, pues considera que se puede hablar de nuevas sub-disciplinas, verbigracia, la historia oral.

El debate entre el pasado y el presente en la reconstrucción del saber histórico y el rol del historiador en este proceso también constituyen una gran preocupación para Meneses:

Preguntarse sobre las tendencias y sentidos de la historia como disciplina científica es preguntarse por la filosofía de la historia, por sus contenidos ideológico-políticos; y esto

² Figueira, *op. cit.*, 327.

³ Meneses Linares, Javier, “De la nueva historia y del nuevo papel del historiador... algunas reflexiones sobre el arte de narrar”. *Espéculo. Revista de estudios literarios*, 2002.

obliga a su vez a plantearse preguntas sobre la cosmovisión y la actitud valorativa del historiador.⁴

Así, el papel del investigador histórico va más allá de un simple ser curioso y extraño al mismo tiempo que se dedica únicamente a analizar y manejar documentos y archivos. En este punto, Meneses cita al historiador costarricense Bernardo Tovar quien afirmó que el oficio de trabajar la historia *es interrogarse acerca de su metodología, de su técnica de trabajo, de la actitud que el historiador debe asumir ante los documentos, pareciera como si no fuera necesaria una teoría de la historia.*

Para Meneses, Europa en los años 1960 y 1970 inició una nueva manera de trabajar la Historia, la cual causó una ruptura frente a la historiografía tradicional. Esta nueva forma de trabajar la historia es a su juicio consecuencia de la acción política directa. A este fenómeno no fue ajena Latinoamérica, pues distintos historiadores militaban o simpatizaban con la izquierda, y este compromiso ideológico propició la búsqueda de nuevas opciones metodológicas, fueron adoptados nuevos instrumentos de análisis enriquecidos por el marxismo principalmente o por teorías económico-sociológicas, tal cual es el caso de la CEPAL.

Paradójicamente, es en el punto anteriormente citado, donde Keith Jenkins ve el inicio del fin de la historia.⁵ Jenkins destaca en su obra las aportaciones de Jacques Derrida, Jean Baudrillard, y Jean-François Lyotard; por ello, las teorías deconstructivista y postmoderna priman en su disertación. Para Jenkins, la Historia es un proyecto perteneciente a la historia moderna, y condena precisamente la idea hegeliana retomada por Marx de que la Historia es una serie de eventos que se desarrollan en una única línea de tiempo que va "hacia adelante" evolucionando continuamente. Al ser el proyecto modernista superado por el posmodernista, la visión de la Historia que propone Marx resulta inaplicable. En vez de ello, es procedente considerar la Historia como una metáfora que pasa a los dominios deconstructivistas, donde es susceptible de ser estudiado como un enunciado lingüístico o literario, es decir como un invento más.

Por ello, la Historia para Jenkins resulta inexistente. Lo que existe es una serie de eventos que se enseñan en la escuela y que deben ser puestos en duda, pues las fuentes que los produjeron son dudosas (fuentes ligadas al poder en muchos casos). Se puede, según Jenkins, trabajar la Historia con mayúscula como él la llama, pero sólo desde el punto de vista de la investigación, donde el historiador deberá (y en esto coincide con Meneses y Rodríguez Sánchez) valerse de saberes distintos a la Historia. Sin embargo, para Jenkins esto no será historia, será tal vez una disciplina indisciplinada. Es aquí donde pensadores como Walsh, Quijano o Lander coinciden con Jenkins. Si la historia es exclusivamente un producto de la sociedad occidental que la dictó a través de sus postulados académicos, pero también a través de la violencia intrínseca a las conquistas y colonizaciones, ¿qué tan

⁴ *Ibid.*

⁵ Jenkins, Keith. *¿Por qué la historia?* México, Breviarios del Fondo de Cultura Económica, 2006.

válidas son estas consideraciones sobre la historia en la Latinoamérica de los últimos veinte años? Sólo hace falta pensar en los numerosos casos en los que se contó la historia de pueblos originales desde el punto de vista de quienes impusieron la hegemonía de su cultura, negando por ejemplo la versión de estos pueblos sobre su origen o su versión sobre la conquista –célebre es el caso del Popol Vuh y su transcripción del texto quiché hecha a principios del siglo XVIII por el fraile dominico Francisco Ximénez, donde el tono tipo evangelio es claro, pero ajeno en varios aspectos a la ideología Maya-Quiché– para darse cuenta de la pertenencia de esta pregunta.

El pensamiento de Meneses da una visión diferente de la problemática. Según afirma este autor:

En el momento actual, logrado el proceso de profesionalización de los historiadores iniciado desde hace tres décadas y conquistadas nuevas técnicas de trabajo documental que superan el viejo empirismo, con la adopción de nuevos modelos teóricos y conceptuales, se perfila la urgencia de repensar el oficio del historiador introduciendo en la agenda su papel como intelectual generador y difusor del saber aprendido, organizador de la sociedad, propulsor de sus transformaciones y agente generador de una nueva cultura. Es perentoria la discusión abierta sobre el historiador y su papel como recreador del conocimiento *histórico humanístico*, con una visión general de los problemas de la producción, de la técnica y de la tecnología, de la realidad que debe transformarse en un ejercicio autónomo, intelectual y ético dentro de la sociedad civil.⁶

Estas afirmaciones de Meneses pueden ser una respuesta (tal vez parcial) a las críticas efectuadas por Jenkins y otros académicos sobre el fin de la Historia. Es cierto que múltiples condiciones en el ejercicio de los investigadores han cambiado, la sociedad sin duda es más dinámica hoy que hace cincuenta o cien años, han entrado en juego nuevas academias, fuentes e informaciones, se ha sin duda relativizado el discurso oficial en todas las ciencias humanas y sociales, pero éste es el reto que el historiador debe asumir, la historia que se escribe hoy es más científica y social que la empírica que primó durante siglos.

Este aparente mundo “al revés” en el plano del discurso histórico es consecuencia de la crisis de los metarrelatos, término también usado por Jenkins y los interculturalistas. Los paradigmas teóricos (en mi parecer, los asociados a la idea de historia tipo Hegel-Marx) que dieron sustento a buena parte de la historiografía del siglo XX han cedido el paso, desde la década de los 1950 a una historia más popular, con una propuesta metodológica encaminada a rastrear la vida cotidiana. La historia ha salido entonces de los grandes relatos y personajes históricos y se ha centrado en los seres de carne y hueso, que pueden ser llamados *los de abajo*, haciendo un paralelo precisamente con una novela de 1916 del mexicano Mariano Azuela.

⁶ Meneses Linares, *op. cit.*

En este punto, la discusión que se planteó en Latinoamérica entre los años 1970 y 1980 sobre el auge de la Nueva Novela Histórica Latinoamericana cobra plena validez y deja de estar en contradicción con el saber histórico. El escritor responsable debe obligatoriamente “ejercer” como investigador histórico a fin de lograr un texto de calidad, creíble e innovador, pues el novelista tampoco puede desdecir de su esencia, la cual es la ficción literaria. Mientras tanto el reto que asume el historiador, es el de dominar distintos saberes lo que posibilita un diálogo dialéctico. Lo recién afirmado en el texto de Meneses, significa que el historiador se encuentra frente a temas que son nuevos para la historia general, pero antiguos para los críticos de la literatura o del arte. El especialista en Historia no puede prescindir de un sólido dominio historiográfico, un historiador actual debe abordar la historia tradicional, (aquella que no existe para Jenkins y los interculturalistas), pero debe prescindir de la simple recopilación factual y del aprendizaje memorístico. Ante esta realidad entran en cuestión áreas como la historia social, mientras disciplinas como la literatura o la antropología presentan, según Meneses, una tendencia a desplazar a la economía y a la sociología como las ciencias de mayor afinidad con el trabajo histórico. Así la idea de que el historiador es un ser que reconstruye en sus textos una realidad independiente de la estructura del discurso que elabora, empieza a desvanecerse.

Una vez hechas distintas consideraciones sobre la historia, bien vale la pena pasar a aquello que es considerado Nueva Historia, reiteramos que los críticos de la Historia como Jenkins y los promotores de ésta, como Meneses y Rodríguez Sánchez, coinciden en que se están produciendo cambios desde hace varias décadas. Sin embargo, el hecho de que ocurran cambios no constituye un motivo para acabar con la Historia, o refundar, en el caso latinoamericano, una historia ciertamente contada por los conquistadores o por los poderes hegemónicos. Más bien, estos cambios ofrecen un motivo para reflexionar sobre su papel, su trabajo e importancia para las sociedades actuales.

Desde el punto de vista tradicional se ha entendido la historia como un compendio de textos producidos por múltiples historiadores. De otro lado y retomando lo expresado por Meneses en su texto, la ideología marxista de la historia que estuvo tan de boga en los años 1960 y 1970, ve a la historia como una ciencia que se preocupa de sujetos complicados y amplios, pero, insistimos, que testimonian un desarrollo de ésta.

Sin embargo, esta visión no pudo ser ajena a todos los acontecimientos sucedidos a partir del año de 1989 y la caída del Muro de Berlín, ya que el derrumbamiento de los sistemas socialistas derivados de la teorización marxista tenía que afectar esta concepción de la Historia. Ello provocó entonces una revisión de los postulados marxistas –que en el caso latinoamericano representaban tal vez la tendencia ideológica más fuerte en los estudios de historia– un debilitamiento lógico de la industria editorial y diversas academias que lo sustentaban, por lo tanto el compromiso ideológico de los historiadores formados bajo estas consignas decayó notablemente en la mayoría de los casos.

Meneses considera que incluso América Latina cayó en esta espiral: Aquí, sin embargo, me atrevo a disentir. Las sociedades latinoamericanas conocieron un auge de los gobiernos de

orientación neoliberal durante los años 1980 y 1990. Mientras ello ocurría diversos sectores de la academia, especialmente los pertenecientes a las universidades públicas, los sectores vinculados al sindicalismo y los partidos de izquierda empezaron a denunciar los peligros de la orientación político-económica neoliberal, a inicios de los 1990 también se dio un progresivo interés en los Estudios Culturales por parte de diversos académicos del continente. El resultado no es, como lo afirma Meneses, la crisis de los proyectos políticos de izquierda, sino, por el contrario, el fracaso de los proyectos neoliberales que llevó al auge de los diversos tipos del socialismo, en el sentido más amplio de la palabra, al principio del siglo XXI, y por consiguiente a un renovado momento de producción histórica de orientación materialista en algunos países, acompañado por una revisión de los saberes tradicionales, presentes en la academia por parte de los Estudios Culturales.

A lo anterior se debe añadir que el radicalismo de gobiernos como el de Venezuela, (donde se está produciendo bastante material histórico bajo la orientación de la Revolución Bolivariana, pues este gobierno muchas veces considera que la anterior historia oficial debe revisarse) ha hecho surgir una serie de interesantes disertaciones que contradicen diversos argumentos ahora oficiales. De otra parte, países como Brasil, Chile, y Argentina conocen también discusiones intelectualmente estimulantes. Incluso Colombia, después de ocho años de gobierno de derecha, puede dar testimonio de interesantes obras tanto académicas como de literatura testimonial (sobre el origen de las guerrillas, por ejemplo) que enriquecen el discurso histórico. Luego es evidente que no ha existido una especie de tabula rasa en cuanto a las voces que investigan la Historia desde el marxismo en América Latina. Se han producido cambios: hay muchas voces nuevas con otro tipo de ideología, a la vez que varios investigadores se han deslizado hacia los estudios culturales, la nueva historia social o los estudios de género e identidad, fortaleciendo el saber historiográfico.

Conclusiones

Tienen razón los interculturalistas al afirmar que una parte de la Historia de América Latina fue invisibilizada con la llegada de la conquista al continente, y que comunidades como la indígena o la afroamericana fueron víctimas de esta invisibilización. Sin embargo, no se puede negar la historia producida por los llamados poderes hegemónicos, pues ésta, como los relatos que fueron silenciados al principio, y que tal vez todavía no han sido lo suficientemente expuestos, ofrece una versión de la historia que, acompañada de las versiones y trabajos que se hagan a la luz de la Nueva Historia, dará un conocimiento más completo del pasado del continente, tal como ya ha sucedido en otros casos ya estudiados en el marco de una aproximación como la World History.

En este contexto, vale la pena recordar lo que escribió Ángel Rodríguez Sánchez en su artículo "La Nueva Historia, una introducción".⁷ Para él, la Nueva Historia, no es de ninguna

⁷ Rodríguez Sánchez, Ángel. "La Nueva Historia, una introducción". *Norba. Revista de Historia*, Universidad de Extremadura, número 5, 1984: 205-212.

manera una muestra de la defunción de la Historia tradicional o una disciplina indisciplinada como lo propone Jenkins. Más bien, es un saber vivo, dinámico y que se cuestiona y cuestiona capaz de ir al encuentro de vacíos dejados por la historia tradicional. La Nueva Historia no es producto del azar, pues simplemente apareció debido a los múltiples cambios sociales del siglo XX, el cual fue un siglo que puso en contacto las diversas culturas presentes en el mundo, reconociendo que ese contacto estuvo mediado por múltiples guerras, entre ellas dos mundiales, y las guerras de descolonización, que vistas desde la Historia no son otra cosa que el testimonio de la perpetuación de desigualdades entre un mundo desarrollado y un mundo emergente, el fracaso de distintos proyectos políticos y nacionales, pero a la vez la ratificación de sociedades viables, en plena formación que por momentos o en forma definitiva han superado distintos problemas, sociales, culturales, económicos y por supuesto históricos, es esta labor la que está cumpliendo en la Latinoamérica actual, aunque tenga aún bastante camino por recorrer o a veces por rehacer.

Es bajo este prisma, bajo este entramado de interrelaciones que han nacido la Nueva Historia y la Historia Mundial. El escenario que heredamos del siglo XX es sin duda uno en el que persiste la llamada Historia oficial, pero en el que voces anteriormente desconocidas y censuradas han ganado terreno, aparecieron las voces orientales, africanas, latinoamericanas, así como las voces disidentes dentro de distintas sociedades y sistemas.

Por tanto, es precipitado y poco inteligente hablar de un fin de la historia o de la necesidad de refundarla. La Historia ha demostrado que puede revisarse a sí misma, y que sabe adaptarse a nuevas circunstancias, que puede y debe valerse de saberes distintos, pero que no debe dejar de ser disciplina.

Bibliografía

FIGUEIRA, Patricia. "Trazos descoloniales en la producción de subjetividades políticas en el ámbito educativo". *Revista de Antropología Experimental* nº 12, 2012. Texto 25: 321-333. <http://revista.ujaen.es/rae>.

JENKINS, Keith. *¿Por qué la historia?* México, Breviarios del Fondo de Cultura Económica, 2006.

MENESES LINARES, Javier. "De la nueva historia y del nuevo papel del historiador... algunas reflexiones sobre el arte de narrar". *Espéculo. Revista de estudios literarios.*, 2002. <http://www.ucm.es/info/especulo/numero20/historia.html>.

RODRÍGUEZ SÁNCHEZ, Ángel. "La Nueva Historia, una introducción". *Norba. Revista de Historia*, Universidad de Extremadura, número 5, 1984: 205-212. <http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=109768>.